

Es una tarde entera de memoria. Después de este acto, cumpliremos el encargo del Señor de hacer memoria de Él en la Eucaristía. Ahora hacemos memoria serena y sosegada de personas queridas. Nuestra memoria es también agradecida.

En primer lugar, he de decir que es *necesario* reconstruir, paso a paso, etapa por etapa, una historia rica y cercana de veinticinco años de **Educación Religiosa Escolar en nuestra Diócesis**. Me ha hecho bien escuchar con atención los relatos de los testigos, muchos de primera hora, pioneros en un camino iniciado con fe, con ardor, con generosidad absoluta, con ilusión. Son los hilos finos que tejen estas espléndidas páginas de servicio al Señor, a la Iglesia, a la educación, al hombre y a la mujer.

Os felicito a quienes habéis organizado con tanto detalle y trabajo, con verdadera ilusión, este acto conmemorativo. Era necesario, como decía, para recordar con justicia y gratitud a estos testigos en la escuela. Que no se nos olvide ningún nombre. Era necesario para ellos y lo es también para nosotros que recogemos el testigo y el testimonio.

En la pedagogía de Dios entra el que nosotros hagamos memoria. La Historia Sagrada está escrita para asegurar nuestra memoria. Ha sido una historia escrita por Dios y por el hombre. Sin esta memoria de Dios nos desvanecemos. Sin memoria de nuestras raíces carecemos de fuerza, de identidad y de futuro razonable.

Además de un acto necesario estamos llenando una recomendación del Señor. Haced memoria. El Espíritu os hará recordar. Acordaos, decía también S. Pablo, de quienes os precedieron en dar testimonio.

La memoria serena, desde otro ángulo, nos hace caer en la cuenta de las personas, de los lugares, de las tareas, que los testigos han escrito con su vida. Personas, como nosotros; lugares, que nosotros frecuentamos. Tareas que realizamos, como ellos.

Quiero subrayar la escuela, como lugar de presencia y de servicio. Un lugar al que la Iglesia ha dedicado incontables esfuerzos, iniciativas, personas. Congregaciones que han nacido para la enseñanza. Hay una razón prevalente, porque creía en el hombre, porque amaba al ser humano, porque el concepto que la Iglesia tenía del hombre lo aprendió de Jesús. Enseñar es pasión de la Iglesia.

Hoy, la novedad en el campo del que hacemos memoria, sois, sobre todo, los laicos. Os habéis capacitado a conciencia para ir a la escuela como testigos del Señor, enviados por Él y por la Iglesia Diocesana, como ámbito propio de vuestro testimonio.

Al escuchar esta historia, caemos también en la cuenta de que la educación religiosa católica requiere convicciones profundas, coherencia y esfuerzo, capacitación sólida, capacidad de aguante y diálogo, creatividad, nada de desaliento y mucho servicio, amor al Señor y al hombre.

De este modo abrimos la página del futuro, que se presenta incierto. Que va a exigir de nosotros esperanza, servicio y una fortaleza añadida. Nos hace mucho bien recordaros y recordar esta historia brillante.

Esta memoria hecha de nombres propios, aquí presentes, es *agradecida*. También el recuerdo es agradecido. Primero la gratitud es al Señor, que ha suscitado estos testigos en medio de nosotros. Y agradecidos a cada uno de vosotros. Me alegra deciros que el Señor ha escrito vuestros nombres y vuestros servicios en su libro de registro. Estad contentos. Habéis sido servidores buenos. Habéis sembrado buena semilla. Os habéis dado.

Mi agradecimiento es personal, y lo es también en nombre de la Iglesia Diocesana. Vosotros la hacéis presente con el Señor en la escuela.

Muchas gracias.